

EDITORIAL

Concluye un año más en nuestras vidas, un año dedicado a la Evangelización y a la Eucaristía fundamentalmente, aunque no dejamos por eso de atender el trabajo en los distintos movimientos laicales a los que pertenecemos y en los cuales damos vida a nuestras vocaciones. Ha sido un año en el cual nos hemos empeñado en llevar a nuestros hermanos la palabra de Dios, palabra que nos fortalece y nos hace mejores. A muchos hogares hemos llegado impulsados por el Espíritu Santo para dejar allí la huella de amor, esperanza y caridad que emana del Señor. La Eucaristía ha tenido un lugar muy especial en nuestra realidad cotidiana. Hemos crecido en la fe, a la vez que hemos podido darnos cuenta de que aún nos queda mucho camino por recorrer. El compromiso de los laicos con la Iglesia debe ser renovado, debe fortalecerse y debe ser un compromiso que nos llame a ser ejemplo en nuestro actuar, a la vez que debe haber coherencia con nuestra forma de pensar.

Amor y Vida se ha visto involucrada, en cada uno de sus números, en reflejar desde el punto de vista instructivo un conjunto de materiales que han servido de apoyo, para trabajar una vez más y con profundidad, los valores que aceleradamente se están ausentando de nuestros hogares y sin los cuales el amor en la familia no crece. El deterioro de otros valores nos pone alertas para que no dejemos que nuestras familias empobrezcan espiritualmente. Cuando trabajamos con un sentido espiritual profundo, logramos que cada miembro de nuestras familias, nuestros vecinos o amistades hagan un alto en el tiempo para examinarse y determinar en qué posición se haya en relación con el patrón de conducta a imitar.

Hemos tenido momentos de regocijo y de alegría, a la vez que hemos tenido otros momentos que nos han golpeado duramente. Una convivencia de familias que sirvió para unirnos, como se hace cada año; por otra parte, la llamada de algunos hermanos nuestros a la presencia del Señor; este año nos ha hecho enfrentar momentos de la vida terrenal que aún se nos muestran muy difícil; pero nos reconforta ese paso a la vida eterna.

Muchos han sido los desastres naturales que nos han puesto en contacto, mediante la oración, con hermanos de todo el orbe. Su desgracia y dolor los hemos compartido y nos han servido para engrandecernos y demostrar una vez más nuestro amor al prójimo.

Ahora se aproxima, como cada año, la Navidad, precedida por un período de reflexión profunda, tiempo hermoso para la reconciliación, posibilidad de reconstruir cómo fue la venida de Cristo a la tierra y un momento muy hermoso para el encuentro familiar, el compartir la alegría y la tristeza y, hacer un análisis de lo que se hizo, de lo que no se hizo y podía haberse hecho, o hecho mejor, hacer planes futuros que nos lleven a ser mejores laicos, familias y personas. Recordemos que debemos pensar en el futuro, pero ¡Cuidado! No se trata de planes de trabajo ni de tareas que no podamos de ser capaces de cumplir. No debemos hacer un proyecto porque hay que hacerlo. Hay algo más fácil y provechoso: propongámonos ser mejores, como Dios quiere que pensemos, que seamos, que actuemos y no demos prioridad a lo que nosotros queremos ser, queremos hacer y del modo en que queremos actuar. Si aún no has abierto tu corazón a Cristo, estás a tiempo para hacerlo. ÉL siempre tiene el suyo abierto para ti.

Familias, animemos nuestros corazones para hacer de este fin de año el mejor de todos, pidamos al Señor su bendición para que en todas las familias del mundo, y en especial en las cubanas reine la paz, la unidad y el amor. Oremos, en este tiempo de Adviento y Navidad, por los hermanos ausentes y por todos los que sufren.

Amor y Vida les desea unas felices fiestas navideñas y un Año Nuevo lleno de los mejores regalos que el Señor nos pueda dar.

¡Felicidades, familias cubanas!